



Cono Sur – A

SIGUIENDO A JESUS EN MISION: REFLEXIONES EN TORNO AL CARACTER MISIONAL DE LA IGLESIA (Mateo 9:35-10:1,16,24,25a,38,39)

Generalmente cuando pensamos en la misión evangelizadora de la iglesia viene a nuestra mente la Gran Comisión con que cada uno de los cuatro Evangelios culmina (Mt. 28:16-20; Mc. 16:15-16; Lc. 24:47-49; Jn. 20:21-23).

Y luego, los evangélicos, pasamos a interpretar esta Comisión a la luz del movimiento misionero moderno de los últimos 200 años. Y, tal vez, pensamos también en algunas de las grandes organizaciones para-eclesiales de nuestros tiempos y sus programas, incluyendo “campañas” y “cruzadas”, como se les suelen llamar.

Si fuéramos católicos, pensaríamos en la actividad de las grandes órdenes misioneras católicas del pasado, los Franciscanos, Dominicos, Jesuitas, y los demás. Y recordar que hace unos pocos años el Papa habló de una “nueva evangelización” aquí en estas tierras americanas.

Luego, dependiendo de nuestro estado de ánimo, nos felicitamos por la buena obra que se ha llevado a cabo, nosotros orando y ofrendando, los misioneros marchándose lejos a lugares distantes en el globo para evangelizar y evangelistas haciendo lo mismo más cerca de casa.

Pero la visión neotestamentaria de la misión evangelizadora de la iglesia es mucho más que esto. Tendríamos que ver nuestra misión a la luz de la misión de Dios en el mundo. En ese caso, veríamos la Gran Comisión simplemente como la conclusión resumida del gran proyecto de Dios, ya vislumbrado en los Evangelios.

Mi tesis es brevemente la siguiente: Los Evangelios nos cuentan la historia del proyecto misional de Dios en el mundo tal como Jesús lo llevó a cabo. Y es con esta misma misión que los seguidores de Jesús, la iglesia, somos encargados. El significado más fundamental de

ser discípulos de Jesús es seguirle en su misión. Es cuestión de participar a la manera de Jesús en la misión de Dios en el mundo. Y Jesús nos proporciona el modelo.

I. La invitación a seguir a Jesús es en realidad un llamado a participar con Jesús en la misión de Dios en el mundo. (Mt. 4:18-22; 8:18-22; 9:9; 19:16-22)

Yo reconozco que cuando pensamos en el discipulado, participación en la misión de Dios al estilo de Jesús no es lo primero que viene a nuestra mente. Para algunos, ser discípulo de Jesús es ser salvo no más. Para otros, se refiere a un compromiso a mayor seriedad ética. Pero es raro pensar en términos de misión a la moda de Jesús.

Yo propongo que veamos el carácter esencialmente misional del llamado a seguir a Jesús tal como lo encontramos en los Evangelios. No se trata solamente de una vaga espiritualidad de seguimiento, sino de una identidad misional determinada por el Jesús que seguimos.

En Mateo 10:1,2,5, Jesús llamó a discípulos a fin de otorgarles su autoridad y enviarles en su misión. Los cristianos en el primer siglo entendieron su llamado a seguir a Jesús de esta manera y, a través de los siglos, muchos movimientos más, incluyendo a los Anabautistas primitivos, también captaron esta visión misional de su vocación como discípulos de Jesús.

En el relato de las tentaciones, Mateo nos cuenta que Jesús resistió otras maneras de ser el Mesías de Dios en el mundo (Mt. 4:1-11). En realidad, Jesús estuvo dispuesto a morir antes de traicionar el proyecto salvífico de Dios (Mt. 26:42).

De modo que cuando Jesús dice que él es “el camino”, no hay que entenderlo en algún sentido abstracto y espiritualizado. Podemos ver en Jesús la manera de ser y hacer del discípulo. En la vida de Jesús vemos con claridad la manera en que Dios quiere que vivan y testifiquen los discípulos de Jesús, a fin de continuar la misión de Dios en el mundo.

La comunidad de discípulos que surgió es la misma comunidad comisionada más tarde a “hacer discípulos a todas las naciones” (Mt. 28:19). Aparentemente hace falta una comunidad de discípulos para evangelizar al estilo de Jesús, y hacer discípulos a las naciones.

Esto cuestiona seriamente muchos de nuestros proyectos misioneros y evangelizadores casi exclusivamente individualistas. Claro, se entiende perfectamente bien el por qué se han proliferado las agencias misioneras paraeclesiales en nuestros tiempos, al margen de la Iglesia. Son esfuerzos bien intencionados de individuos y grupos para ser fieles en lo que perciben ser su misión. Pero no siempre están enraizados en la clase de comunidades misionales formadas de seguidores de Jesús vislumbradas en los Evangelios.

Así que notamos la existencia de misión sin iglesia y de iglesias sin misión, o con alguna misión por allá. Pero raramente vemos congregaciones plenamente misionales en el sentido de una vocación que surge de la esencia misma de su llamado al seguimiento de Jesús y orientadas, en todo su ser y su hacer, hacia una participación en la misión de Dios en el mundo.

II. Nuestra misión es, en realidad, ni más ni menos, una continuación de la misión de Jesús. (Mt. 9:35-36; 10:1,5a, 7-8)

La misión de Jesús: Según Mateo, la misión de Jesús consistió en (1) proclamar el reino de Dios (Mt. 4:17, 23); (2) enseñar los valores del Reino de Dios (Mt. 5-7); (3) restaurar a las personas quebrantadas y necesitadas a esa condición de integridad de vida, o de salvación, que corresponde al reinado de Dios (Mt. 8:1-9:35). Y este es precisamente el contexto misional en que Jesús llamaba a personas a seguirle.

Por ejemplo, Mt. 8:1-17 relata una serie de las sanidades obradas por Jesús. Se tratan de la restauración de personas quebrantadas a la integridad de salvación y salud bajo el reinado de Dios. Luego viene un llamado al seguimiento. (Mt. 8:18-22)

Luego sigue otra colección de relatos de sanidades, la liberación del endemoniado, la sanidad del paralítico. (Mt. 8:23-9:8). Luego sigue el relato del llamado de Mateo a seguir a Jesús. (Mt. 9:9)

En Mateo 9 hay otra serie de relatos de restauración que concluye con un resumen de la misión de Jesús (9:35-38). Y de nuevo, sigue un llamado de parte de Jesús al seguimiento.

En relación con la misión de Jesús, resumida en Mateo 9:35, debemos notar la dinámica que motivaba toda la proclamación del reino y la actividad restauradora de Jesús. “Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (9:36).

Bíblicamente el término, “compasión” tiene un sentido potente. Literalmente significa sufrir juntamente con el otro. Implica asumir una solidaridad en el sufrimiento de los quebrantados y marginados a fin de crear para ellos condiciones de justicia y paz, de sanidad y salvación.

En este contexto, la compasión de Jesús no es dirigida meramente hacia individuos espiritualmente desorientados que podrían necesitar consejo pastoral, por importante que fuera. Incluye más. Es una cita tomada del AT (1 Reyes 22:17 y 2 Cron. 18:16).

Son las palabras del profeta Micaías, que sólo, entre todos los profetas del palacio del rey Acab, se atrevió a oponerse a las intenciones guerreras del rey. Entonces, al igual que ahora, cuando los gobernantes se preparan para la guerra, buscan la aprobación (y la bendición) de las autoridades religiosas.

Aunque los 400 profetas del palacio todos a una voz apoyaron la intención guerrera de Acab contra el rey de Siria, Micaías expuso la locura de su empresa imperial y anunció la muerte del rey con estas palabras. “Yo vi a todo Israel esparcido por los montes como ovejas que no tienen pastor; y Jehová dijo: Estos no tienen Señor; vuélvese cada uno a su casa.” (1 Reyes 22:17)

En el AT la imagen del pastor es una referencia a la función de un rey en el pueblo de Dios, es decir, proveer un ambiente de justicia y paz. Así que, en este caso, “no tener pastor” era encontrarse sin rey verdadero en quien confiar para provisión y protección.

En su contexto en Mateo, estas palabras ofrecen esperanza a gentes confundidas y sin esperanza. En su compasión, Jesús ofrece auténtico bienestar y seguridad bajo el reinado de Dios que él vino a restaurar.

La misión de los discípulos: Igual que su Señor, la misión de los discípulos consistía de (1) Proclamar de reino de Dios (10:7); (2) Enseñar los valores del reino de Dios (10:10-14); y (3) Restaurar a personas a la integridad y sanidad del reino de Dios, a la salvación (10:8).

La misión de Dios en el mundo se orienta hacia el establecimiento de su reinado. Aquí “las ovejas perdidas de la casa de Israel” encontrarán su salvación en el reinado de Dios bajo el señorío de su Mesías, Jesús (10:6-7).

Esta misión es libremente asumida por los discípulos de Jesús: “De gracia recibisteis, dad de gracia” (10:8).

Es una misión que depende totalmente del poder del Espíritu. Es llevada a cabo mediante el poder persuasivo que surge de su “condición de siervo” y los valores que corresponden al reino de Dios, en lugar del poder coercitivo del dinero y la fuerza que muchas veces la acompañan. “No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino” (10:9-10).

Los discípulos en esta misión se caracterizaban por su debilidad y su vulnerabilidad. Dependían básicamente de aquellos a los cuales fueron enviados. “El obrero es digno de su alimento. Mas en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quien en ella es digno, y posad allí hasta que salgáis” (10:10-11).

Misión a la manera de Jesús significa ser no-violentos en medio de situaciones sociales de conflicto y persecución, potencialmente violentas. “He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas” (10:16-23).

La no-violencia no es un distintivo Menonita, ni de los Cuáqueros, que puede tratarse como si fuera optativa. La no-violencia aquí no es simplemente, ni esencialmente, una cuestión de ética. Es esencial para llevar a cabo la misión de Dios en el mundo. Marcaba la manera en que Jesús llevó a cabo su misión. También marcará la misión del discípulo.

En una conclusión que seguramente nos parecerá muy extraña, el éxito de la misión se mide en términos de la capacidad de los participantes en esa misión a simplemente “perseverar hasta el fin” (10:22, 16-23).

Es cuestión de resistir todas las presiones del mal, y de los malhechores, que intentan meternos en su molde. ¡Se trata de la capacidad de sobrevivir en medio de lobos, sin que uno mismo se convierta en lobo!

En la iglesia primitiva se refería a esta clase de estrategia evangelizadora usando el término en Latín, “patientia”. Pero con un sentido distinto al significado común que le asignamos al término hoy en día. Significaba una fidelidad perseverante y una resistencia no-violenta ante todas las presiones del mal.

Era perseverar tenazmente en fidelidad a su vocación como discípulos de Jesús, resistiendo todo el poder seductor del mal y sin ceder a la tentación a hacerle violencia al malhechor. Helder Cámara, el obispo brasileño solía llamarla una “firmeza permanente”.

De modo que, la no-violencia bíblica es esencial para la fidelidad y el éxito en nuestra misión cuando la llevamos a cabo a la manera de Jesús.

Esta visión de las cosas no es un distintivo Menonita. La iglesia primitiva comprendía esto muy bien. Pedro Valdo y los Valdenses primitivos lo comprendieron en el siglo 12. También era claro para los españoles, Juan de Valdés y Bartolomé de las Casas, en el siglo 16.

Y desde entonces y hasta el día de hoy, muchos cristianos, atentos a la voz del Espíritu de Cristo, han seguido entendiendo la misión de Dios en estos términos. Pero la triste realidad es que esto se les ha escapado, y sigue escapándose, a muchísimos cristianos. Misiones evangelizadoras han sido llevadas a cabo, a veces, en formas francamente agresivas, y aún, en cierto sentido, coercitivas, por cristianos bien intencionados. Hasta los nombres que emplearon reflejan cierta agresividad – “campañas” y “cruzadas”.

III. Jesús es el modelo para nuestra participación misional en el mundo. (Mt. 10:24-42).

Los Menonitas hemos entendido el discipulado mayormente como una ética cristiana. En otros círculos evangélicos el término discipulado también se ha hecho popular. Se usa el término discipular y discipulado para referirse a la evangelización y la edificación que conduce a la formación y al crecimiento de nuevos creyentes.

Pero en estos textos se trata de otra cosa. En este texto no es cuestión de hacer discípulos. Aquí se trata de ser discípulos de Jesús en nuestra evangelización, en la manera en que llevamos a cabo la misión de Dios en el mundo.

En el contexto de su llamado a sus discípulos a participar en la misión suya, Jesús habla de la importancia de ser el discípulo como su maestro. “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor” (10:24-25a).

Seguir a Jesús en la misión de Dios en el mundo es seguirle en el camino de la cruz. El sufrimiento inocente y vicario es la respuesta de Dios a sus enemigos y representa la única forma de ser fieles a Dios en el proceso de llevar a cabo su misión en el mundo. “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (10:38-39).

Todos, de una manera u otra, unos más y otros menos, hemos visto o experimentado, en nuestro seguimiento de Jesús, algo del costo de asumir la misión de Dios en el mundo.

Todos sabemos lo que el seguimiento de Jesús en su misión ha costado en algunas de estas tierras latinas en las últimas décadas. Por el año 1980 Oscar Romero fue acorralado a balas por manos asesinas mientras se encontraba ante el altar en un templo en El Salvador. Pero no se trataba meramente de un caso aislado más de muerte violenta. Hubo una razón por su muerte: su participación en la misión de Dios en El Salvador.

En el curso de sus ministerios pastorales y docentes había advertido al pueblo salvadoreño de la presencia de los “ídolos de la muerte” en su tierra. Y él había identificado a dos de estos ídolos: (1) “la acumulación excesiva de los bienes” y (2) “la doctrina de la seguridad nacional”. Y dirigiéndose al problema de la violencia en su país, dijo: “tocar a los ídolos de la muerte es provocar la ira de los poderes”.

Efectivamente, sus palabras probaron ser ciertas en un sentido literal. Los poderes en El Salvador percibieron en su ejemplo y en sus enseñanzas una amenaza. Sus esfuerzos por conservar sin cambios las estructuras socio-económicas que favorecían a una minoría privilegiada y servían para perpetuar las injusticias sociales y económicas en el país peligraban.

Era una realidad macabra. Aquellos que se atrevían a tocar estos ídolos de la muerte corrían el riesgo de ser muertos, igual que su Señor.

IV. Para concluir, Unas Breves Reflexiones en Torno al Carácter Misional de la Iglesia.

1. Se nos invita a proclamar el mismo evangelio del reino que Jesús vino proclamando y a hacerlo con esa gracia y compasión que son inspiradas por el Espíritu de Jesús mismo.

Los resúmenes de la misión de Jesús que encontramos en los Evangelios nos dicen que la proclamación y enseñanza del evangelio del reino llevada a cabo por Jesús fue acompañada por una actuación correspondiente. Jesús se puso a restaurar a los humanos a la integridad del reinado divino de justicia y de paz. Y el evangelio que vivimos y proclamamos en nuestras congregaciones no debe ser menos.

La visión del evangelio del reino que Jesús proclamaba no era precisamente la misma que sus contemporáneos esperaban que se cumpliera. Según Jesús, hay otro reino y otro señor. La iglesia primitiva comprendía muy bien que Jesús es Señor, a fin de cuentas, y no Cesar.

En nuestros tiempos cuando un espíritu nacionalista y patriótico arrasa la tierra podría llegar a ser poco popular, y hasta peligroso, proclamar la versión del evangelio que Jesús compartía, con su visión de un reino-al-revés cuando se le mira desde una perspectiva común; un reino en que Jesús es, en verdad, Señor.

2. Se nos invita a ser instrumentos de la paz; de esa paz que es el fruto de la justicia.

Esto requiere dar testimonio, mediante hechos y palabras, a la misericordia absolutamente asombrosa e inefable de Dios. Es una misericordia que, ni el mundo, ni la iglesia, ni siquiera, hemos podido comprender plenamente. Es una misericordia que renuncia todo derecho al privilegio y al ejercicio del poder frente el semejante; que perdona 70 veces 7; que rechaza la violencia y se compromete a obrar la justicia de manera no-violenta, como la única forma de llegar a la paz y a la salvación.

De acuerdo con este evangelio de la paz, tal como Jesús lo entendía, la justicia y la paz no son sólo virtudes puramente éticas a ser practicadas por un élite religioso. Son, mas bien,

parte integral del evangelio del reino, auténticamente salvífico, del evangelio que Jesús vino proclamando mediante sus hechos y sus palabras.

A esta altura de la experiencia humana en esta tierra, estamos presenciando un aumento absolutamente asombroso de la violencia. La iglesia primitiva entendía muy bien que el evangelio del reino, el evangelio de paz que Jesús proclamaba, contenía la clave para la superación de todas las barreras de enemistad que separan a los seres humanos en este mundo: raza, género, religión, economía y política. Nosotros creemos que sigue siendo cierto para nuestro tiempo y por eso nos comprometemos a seguir a Jesús en su misión.

3. Se nos invita a misión, a la manera de Jesús, en todas nuestras relaciones, a fin de restaurar la integridad de auténtica salvación a las personas que nos rodean en este mundo quebrantado.

Se acentúan, en los relatos evangélicos, la compasión sin igual de Jesús para el pueblo pobre y quebrantado de su tiempo. “Recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo .. y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó.” (Mt. 4:23-24)

Seguir a Jesús en su misión significa asumir una postura de vulnerabilidad y colocarnos al servicio de nuestro semejante en su dolor. Hallamos nuestra seguridad, no en aislarnos de todo aquel que podría hacernos daño, sino en hacerle bien al que está cerca y al que está lejos, al que es nuestro amigo y al que se nos tiene por enemigo.

Esto no debe sorprendernos, pues esta visión es parte de nuestra tradición con raíces en los movimientos sacramentista y anabautista en los Países Bajos en el siglo 16.

“Aquellos que son nacidos de Dios ... sirven a sus semejantes, no sólo con su dinero y sus bienes, sino también siguiendo el ejemplo del Señor, ... con su vida y sangre. ... Nadie entre ellos es mendigo. Reciben a los necesitados. Hospedan al extranjero en sus casas. Consuelen a los afligidos, socorren a los pobres, visten a los desnudos, dan de comer a los hambrientos, no desvían sus rostros de los pobres.” (Menno, 558)

Y también: “la verdadera fe evangélica no puede permanecer adormecida, sino que se manifiesta en toda justicia y en las obras del amor ... viste a los desnudos; da de comer a los hambrientos; consuela a los tristes; da abrigo a los destituidos; ayuda y consuela a los afligidos; ... busca a los perdidos; venda a los heridos; sana a los enfermos; ... ha llegado a ser todo para todos..” (Menno, 307)

En cuanto asumamos la misión de Dios en el mundo, a la manera de Jesús, estaremos de nuevo en contacto con nuestras raíces radicales del siglo 16, y lo que es aun más importante, nos colocará en la onda de la comunidad primitiva del NT y de los primeros siglos de la era cristiana.

En lugar de seguir a Jesús en términos estrictamente éticos, se nos invita a seguir a Jesús en la misión de Dios en el mundo. Ser discípulo de Jesús es ser misional a la manera de Jesús. Esa visión del reinado restaurado de Dios habrá de inspirar nuestro vivir y evangelizar.

En este proceso es posible que experimentemos crecimiento numérico en nuestras congregaciones. Y en otros casos es posible que no haya crecimiento numérico. Pero lo fundamental en relación con esta visión de seguimiento de Jesús en la misión de Dios no será necesariamente el crecimiento numérico de la congregación, sino la realización anticipada del reinado de Dios – reinado de justicia, y de paz, y de salvación.

Una iglesia realmente misional buscará orientar todas sus actividades alrededor de la misión salvífica y restauradora de Dios en el mundo. Se nos invita y se nos desafía a ser seguidores de Jesús en su misión: a colocarnos en la onda del proyecto restaurador de Dios, encarnado con claridad por Jesús, donde importa la autenticidad de nuestra evangelización. Se nos invita a ser una iglesia plenamente misional.